

idea humana como las notas de un canto; en esas estatuas animadas siempre por el éter de la vida que despide el pensamiento; en las cúpulas, que esmalta con celestes arreboles el aire; en esos sepulcros que parecen un comentario á la eternidad, un triunfo sobre la muerte; en los vidrios de colores, que quiebran en mil rayos la luz; en los lienzos y tablas animados, al soplo de la inteligencia humana, se vé más bien aún que en la naturaleza, resplandecer el espíritu de Dios.

Pero estoy muy cansado, fatigadísimo, y apenas puedo escribir. Otro día describiré minuciosamente la impresion que en mí han hecho algunos de estos monumentos. No olvide usted á sus amigos.

EL PARANINFO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

La Universidad Central ha enriquecido el gran poema de nuestras artes con una nueva imperecedera página. La apoteosis de todas las ciencias; la exaltacion de los génios que han iluminado con sus destellos el áspero camino de la humanidad hácia su perfeccionamiento; la consagracion de un recuerdo de eterna gratitud á los que han sondeado los secretos de la naturaleza, del espíritu y de la sociedad, pertenecian por derecho propio al templo donde todos los progresos del entendimiento humano tienen exclarecidos intérpretes y todas las ciencias inviolables santuarios. La Universidad Central, para cumplir este fin de su instituto, ha llamado á sí exclarecidos artistas; y á impulsos de su inspiracion, del buril y del pincel,

ha surgido un mundo de recuerdos imperecederos, de personificaciones sublimes, un poema cuyos cánticos esculpidos en piedra recordarán eternamente los esfuerzos, los sacrificios hechos por dilatar los horizontes del pensamiento humano; poema escrito con los ojos puestos en la inmortalidad, la primer musa del génio, para orgullo de las generaciones presentes y enseñanza de las generaciones venideras. Este poema, centelleante de gloria, es el techo del Paraninfo de la Universidad Central.

Cuando penetramos en el gran salon, cuya pintura ha hecho ya pluma mucha más hábil y reputada que la mia, pobre y ligera; cuando penetramos en el gran salon y advertimos su magnifico techo, la esplendidez de los colores, la combinacion maravillosa de tantos reflejos, el lujo de la arquitectura plateresca, la animacion de las figuras rodeadas de arreboles de gloria, los bustos de tantos génios, de tantos mártires que han consumido su vida por hermostear y engrandecer el espíritu; los nombres inmortales que centellean como las estrellas en un cielo sin nubes; todo, todo cuanto alcanza la vista, todo eleva el pensamiento á la contemplacion de los eternos tipos de la verdad, de la bondad, de la hermosura, que son el espiri-

tu de la ciencia; todo infunde ese religioso respeto, que solo sentimos cuando entrevemos algo que rompe la dura cadena del tiempo y se pierde en la eternidad, donde se halla la verdadera pátria del hombre, el centro de nuestras almas.

En esta gran obra de arte es todo armónico. La arquitectura del salon representa admirablemente una época decisiva de la ciencia, una de esas épocas genesiacas, en que se renueva el espíritu de la humanidad: el renacimiento. La arquitectura es el arte por excelencia simbólico. Desde los primitivos tiempos los pueblos han puesto piedras sobre piedras en el espacio para expresar las ideas guardadas en su conciencia. Por eso un edificio debe representar fielmente una idea; porque la arquitectura es un símbolo. El género arquitectónico que predomina en el salon, recuerda la época del nacimiento de las grandes academias platónicas; la resurreccion del ideal clásico á los ojos atónitos del mundo; el triunfo del derecho sobre la fuerza, de las nacionalidades sobre el feudalismo; el descubrimiento maravilloso de la imprenta, que venia á dar la eternidad al pensamiento; las grandes trasformaciones producidas en la ciencia por el método experimental

que convertía la alquimia en química, la astrología en astronomía; el nacimiento de nuevos mundos entre las ondas, mundos que renovaban la naturaleza como la ciencia renovaba el espíritu; los desconocidos caminos abiertos por la audacia de atrevidos navegantes en mares que se rompían en las más apartadas regiones, en bosques inexplorados, en inmensos desiertos; el florecimiento de nuestras universidades que daban jurisprudencia á los Parlamentos de París, catedráticos á la Sorbona, consejeros á los reyes, teólogos al Concilio de Trento; la nueva vida de las artes inspiradas por las estatuas clásicas, que surgían hermosas entre las ruinas, irradiando de sus frentes de mármol siempre jóvenes, el pensamiento de la antigüedad; los progresos de los astrónomos, que comenzaban á leer en el cielo abierto por el telescopio á sus miradas los secretos de los astros; en una palabra, los grandes, los imperecederos triunfos de todas las ciencias en uno de los momentos más grandes é imperecederos de la historia.

El género plateresco es como la síntesis de dos ideas, como el anillo que une dos épocas; guirnalda maravillosa, con que el génio español ornaba las columnas griegas que surgían

en el Renacimiento. Así el techo del Paraninfo debía reunir todos los primores, todas las maravillas de este género arquitectónico, que recuerda, como el gótico florido, la exuberancia oriental de nuestro génio. El techo, la gran bóveda sobre el salón abierta, debía ser tan esplendorosa como la corona de toda la obra. En todos los grandes edificios, el génio del artífice se ha extremado siempre en la bóveda, como para recordar que del cielo viene la luz, del cielo la vida, y que el cielo es el punto donde debemos fijar siempre nuestros ojos. Por eso en el techo de que hablamos brillan mil colores: el lila, el oro, la plata, la púrpura, los matices de la luz; por eso allí se han esculpido los grandes recuerdos, la apoteosis del génio; por eso allí el pincel ha elevado los sublimes tipos de las ciencias y las artes, que se levantan como los dioses en su Olimpo.

La arquitectura, por sí sola, aislada, es lo que sería el universo inhabitado. La pintura, la escultura, esculpiendo ideas en la piedra, animando con los colores las desnudas paredes, vienen á derramar luz y á poblar de seres el mundo solitario y silencioso que ha levantado el arquitecto. El salón de la Universidad, espaciosísimo, destinado á las grandes festivi-

dades académicas, necesitaba esa vida que sólo pueden dar el buril y el pincel, derramando la rica, inagotable sávia de nuestro espíritu en las frías é inertes piedras. El hombre tiende por una ley lógica, real, de su entendimiento, á revestir todas sus ideas de su misma forma, y á infundirles su propia esencia. En el arte, para que una creacion nos interese, hemos de ver que es una creacion humana. Y por eso, principalmente el pintor y el escultor, han de encerrar en la organizacion, en la forma del hombre, todas sus ideas. Así es que en el techo del Paraninfo, aquellos rostros severos que ha esculpido el cincel, aquellas mágicas figuras que se destacan hermosas entre arreboles, merced al pincel, son ideas abstractas, ideas puras, ideas invisibles, hechas visibles, reales, palpables, por el conjuro mágico de los artistas.

Los dos artistas que han desempeñado esta obra han sido D. Ponciano Ponzano y D. Joaquín Espalter. El Sr. Ponzano, renombrado escultor, cuyas obras han merecido tantos laureles, tiene en su arte esa laboriosidad y esa perseverancia, esa correccion en el dibujo, esa limpieza en el modelar, esa perfeccion en las formas, ese conocimiento del ideal clásico, ese estudio de la antigüedad, que dan rica inspira-

cion á su mente y que imprimen el sello de la inmortalidad á sus obras. El pintor Sr. Espalter ha compartido la gloria del escultor. El Sr. Espalter es un verdadero artista. Se apasiona de su pensamiento con ese amor ideal, sublime, que sólo sienten las almas inundadas de celeste inspiracion; ama la belleza por la belleza en sí; levanta por un esfuerzo prodigioso su génio á la contemplacion de los eternos tipos, de donde á raudales descende la vida del arte; es un pintor platónico, idealista, soñador, que tiene, sin embargo, un entendimiento tan plástico, permítase la palabra, una fuerza creadora tan grande, una pasion por la realidad tan intensa, que apenas ha cruzado una idea vaga, indecisa, por su mente, cuando la concreta, la aprisiona en las formas, la viste de los colores de la realidad, y la arroja en el lienzo con la misma pureza que está en su mente, irradiando inspiracion y vida.

Pasemos á la descripcion de la obra.

La bóveda es elíptica. En uno de los focos sobre el trono, se levanta la imágen de la reina doña Isabel II, como fundadora de la Universidad Central. A la derecha, en dos grandes compartimientos del techo, los bustos de San Atanasio, San Jerónimo, San Agustín, Gre-

gorio IX y San Justino, como lumbreras de la teología; y Solon, Minos, Licurgo, Numa, Servio Lulio, como lumbreras del derecho. Despues se levanta la figura que representa la teología, y le siguen la jurisprudencia, la literatura, la administracion, la historia. En los cuatro extremo de cada uno de estos grandes cuadros que representan las ciencias, hay cuatro medallones que contienen bustos de hombres célebres en cada una de las ciencias que las figuras significan. A la conclusion de las figuras, en los dós compartimientos extremos, se ven los bustos de Homero, Píndaro, Eurípides, Plutarco y Terencio, en apoteósis de la literatura, y los bustos de Thales, Hiparco, Ptolomeo, Eratóstenes y Methon, en apoteósis de la astronomía y ciencias exactas. A la izquierda del trono se levantan en dos grandes compartimientos, Sócrates, Pitágoras, Anaxágoras, Xenófanés, Heráclito, en representacion de la filosofía; Hipócrates, Galeno, Areteo, Cornelio Celso, en representacion de la medicina. Siguen las figuras de filosofía, medicina, farmacia, ciencias naturales y astronomía, con sus correspondientes medallones. Al pié se levantan los compartimientos que contienen medallones donde se hallan esculpidos los bustos de Messue, Serapion, Dios-

córides, Abenzoar, Herófilo, en representacion de la farmacia, y Plinio, Teofraastro, Euclides, Arquímedes, Arnaldo de Villanueva, en representacion de las ciencias naturales. En el foco de la elipse que dá en frente al trono, se levanta la reina doña Isabel I. En el borde inferior de la bóveda se extiende un friso donde se hallan esculpidas las armas de todas las universidades de la Península y de sus posesiones marítimas, como en significacion de que la Universidad Central las reúne á todas en su seno; y allí se ven retratos de Alfonso V, fundador de la universidad de Barcelona; Carlos V, fundador de la universidad de Granada; el príncipe de Anglona, fundador de la universidad de la Habana; D. Felipe IV, fundador de la universidad de Manila; el arzobispo de Sevilla D. Fernando de Valdés y Salas, fundador de la universidad de Oviedo; D. Alfonso IX, fundador de la universidad de Salamanca; el arzobispo D. Alonso de Fonseca, fundador de la universidad de Santiago; Maese Rodrigo Fernandez de Santaella, fundador de la universidad de Sévilla; San Vicente Ferrer, fundador de la universidad de Valencia; Alfonso IX, fundador de la universidad de Valladolid, y D. Juan II de Aragon, fundador de la universidad de Zarago-

za. La decoracion de esta bóveda es por extremo elegante y rica. La luz que penetra por el lucernario, por ser demasiado viva, está mitigada por los cristales raspados y por los varios colores con que ha sido adornada aquella parte de la bóveda. Los tarjetones donde campean las figuras simbólicas de la ciencia, y los bustos y retratos de los más esclarecidos varones que se han consagrado á su culto, prestan aparente apoyo al lucernario, y descienden hasta la cornisa inferior del techo. Por la parte superior de los cuadros corre una moldura, en la que se ven extenderse palmas atadas con cintas doradas, que resaltando en un fondo oscuro, dan rica entonacion al techo. En la parte inferior se extiende una zona donde se hallan las armas de las universidades y los retratos de los fundadores, que resaltan admirablemente del fondo rojo oscuro. Los paramentos destinados á recibir las figuras, han sido adornados tambien con sumo gusto. Los marcos están decorados de blanco con junquillos de oro y embutidos de pórfido y mármol rojo de Granada. Una faja, cuyo fondo imita el jáspe amarillo de Aragon, guarnecida de moldura blanca muy bien labrada, se extiende en torno de los marcos y sigue todos los movimientos

del reparto arquitectónico de la techumbre. Para que las figuras encerradas en estos cuadros resalten más, se han empleado á su alrededor colores muy suaves, como color de tórtola. En la parte superior, figuran guardamalletas que sostienen, alternando, en uno de los lados tres flores de lis, y en el otro el sol de la Universidad Central. Hay además otra zona formada por un cordon de oro, anudado en agrañanes de diversas formas; cordon que tiene varias y ricas joyas, igual para todos los cuadros, y que sólo varía en los dos puntos extremos del salon, donde se encuentran los retratos de las dos reinas. Sobre cada uno de los puntos alto y bajo de los cuadros, hay un remate en bajo relieve, que tiene en el centro su origen y que parte con igualdad á uno y otro lado, enlazando con hojarascas, flores y capullos, las dos fajas que recorren toda la obra y en cuyo bajo relieve se ven génios alados que sostienen una blanca cinta, donde está pintado el nombre ó nombres de lo que el cuadro significa. A los lados de cada uno de los veinte tarjetones, se ven famas sentadas en banquetas. Visten ligeras pero largas túnicas, gracioso manto prendido con elegante descuido las envuelve, coronas de flores ornan sus sienas,

trompetas de bruñido oro ocupan sus manos, varios colores, sabiamente combinados, esmaltan sus ligeras alas, formando así un riquísimo ornamento. Al pié de los cuadros que contienen las imágenes de las dos reinas, se ven niños que perfuman unas hermosas coronas. Esta variedad de colores y de adornos, dá al techo una magnificencia indescriptible.

Como se vé, dos grandes pensamientos han presidido á esta obra: primero, consagrar un recuerdo á todas las ciencias; segundo, consagrar un recuerdo á las ciencias españolas. Las ciencias, en abstracto, en su idea general, están representadas por las grandes figuras del techo, que son como sus brillantes personificaciones. Las ciencias, en su historia, están representadas por los bustos de todos esos célebres hombres, que son como los mundos del gran sistema planetario que forman las ideas. La ciencia española está representada por los fundadores de las grandes universidades que han educado á tantas generaciones. Hoy, después de trascurrido tanto tiempo de la existencia de las universidades, hoy, en que las condiciones del siglo les quitan mucha de su antigua importancia, no miramos estos institutos con la religiosidad que merecen, no compren-

demos los progresos que trajeron á la sociedad el día en que empezaron á derramarse por el mundo. En el fondo de esas áulas, en sus bancos gastados por el tiempo, se educaron aquellos maestros en artes, aquellos doctores, aquellos jurisconsultos que levantaron del polvo el estado llano, que erigieron la obra del derecho sobre los anchos fundamentos de las tradiciones romanas, que forjaron la clava para demoler el feudalismo y dieron su corona á los reyes, su unidad á las naciones. Por eso hemos dicho que el techo de la Universidad es un gran poema centelleante de inspiración y de gloria. Descendamos á describirlo en todas sus particularidades.

En primer término resalta la imagen de la reina doña Isabel II. Hállase asentada en un trono bajo riquísimo dosel; á su lado, sobre una mesa, está el cetro y la corona de España, y al rededor de la figura campean locomotoras, canales, telégrafos eléctricos; las grandes conquistas del esforzado espíritu de nuestro siglo, introducidas en España bajo el régimen constitucional, que personifica doña Isabel II. La idea que preside á este cuadro es la de simbolizar los adelantos hechos en la enseñanza y en la ciencia bajo el reinado de doña Isabel II. A este

fin el pintor, para significar la fundacion de la Universidad Central, de las nuevas escuelas, de los institutos, la creacion de cátedras para los ramos más principales del saber humano, ha puesto en las manos de la imagen de la reina un sol, símbolo de la proteccion dispensada á los estudios, emblema de la gloria y de la ciencia.

Sigue el compartimento de teología. En el fondo brilla San Atanasio, personificacion de una de las épocas más gigantestas del espíritu humano y de uno de los triunfos más grandes y decisivos de la iglesia. Filósofo educado en aquellas escuelas de Alejandría, donde se congregaban, como para el juicio final de la antigüedad, todas las ideas; misionero que habia atravesado los desiertos del Africa en pos de almas que redimir y corazones que conquistar teólogo profundo, que explicaba, inspirado por el espíritu divino, el misterio de la Trinidad y la naturaleza del Espíritu Santo; batallador como San Pablo, que en medio de las más duras persecuciones, azotado por los huracanes del mundo, sin tierra donde fijar la planta, defendia la iglesia y condenaba á reconocer sus errores á los melesianos, apolinaristas, arrianos, y á la dudosa luz de su calabozo escribia

los principios más altos del catolicismo, llenando con su nombre todo un siglo, aquel siglo del Concilio de Nicea, donde se afirmó nuestra fé y se definieron los dogmas del catolicismo, y se preparó la iglesia para educar á los bárbaros y salvar las reliquias del imperio romano; San Atanasio, que asistió á las grandes controversias del reinado de Constantino, que levantó su voz en todos los concilios de su época, que explicó los misterios del antiguo y del nuevo Testamento, que ahogó en su cuna las rebeliones de la razon contra el dogma, que presentó á Joviano el símbolo de la fé repetido en la sucesion de los siglos todos los dias, en todas las zonas de la tierra, bajo las bóvedas de nuestras iglesias, por la voz de generaciones innumerables como las arenas del mar; San Atanasio, que se levanta como un coloso en esta época gigante de la ruina de una civilizacion gastada y el nacimiento de otra civilizacion, debia tener su nombre en el centro de esta pléyade ilustre de teólogos, porque su nombre viene á ser como la letra inicial de una gran ciencia. Al rededor del busto de San Atanasio se ven representados por magníficos bustos San Clemente Papa, como uno de los que más contribuyen á afirmar la autoridad pontificia en

los primitivos tiempos de la iglesia; San Justino, como uno de los pensadores que señalan la conversion de los espíritus más elevados de la antigüedad al cristianismo, y como uno también de los primeros apologistas; San Juan Crisóstomo, el gran orador que desde el pedestal de su cátedra sagrada señala los triunfos de la iglesia de Oriente, el Platon cristiano, que se levanta sobre el ruido de los hechos que pasan en la historia y de los seres que cruzan por la naturaleza, á la contemplacion de Dios en esencia; San Ildefonso, como símbolo de los grandes triunfos de la iglesia de Occidente, y en especial de la iglesia española, como intérprete de uno de los misterios más consoladores de nuestra religion, como historiador también eclesiástico; de suerte que el cincel ha esculpido en piedra los dolores, las luchas, los esfuerzos maravillosos, los triunfos de la iglesia en épocas de grandes pruebas para el mundo, de angustia para el espíritu humano; épocas en que se manifiesta más clara y visiblemente la eterna presencia de Dios en la naturaleza y en la historia.

Al compartimento de teología sigue el de jurisprudencia. En éste brillan los bustos de Minos, Licurgo, Solon, Numa y Servio Tulio.

Con solo detenerse un instante á contemplarlos se comprende el profundo pensamiento filosófico que ha presidido á la colocacion de estos bustos. Minos representa el derecho surgiendo del Oriente, cuna del sol y de todas las grandes ideas, y trasformándose en la isla de Creta, donde se trasformaron las artes, donde se trasformaron los dioses que rudos venian del Oriente para revestirse de nuevas formas y entrar en el santuario de la humanidad, en la hermosa y riente Grecia. Licurgo representa la trasformacion del derecho sagrado, del derecho ciclópeo de los primitivos tiempos, el derecho más humano, más social, si bien conservando siempre un sello militar y aristocrático, cual convenia á la severa y sagrada raza de los Darios. Solon es el representante de la libertad, del derecho escrito, del derecho humano, y por eso está en el centro como el sol, á cuyo alrededor gira toda la historia, como el gran artífice que encontró el diamantino eje de la justicia. Numa, como su nombre griego indica (νῦμος) es la ley, pero la ley sacerdotal, la ley sagrada, la ley misteriosa, la ley de los patricios, y Servio Tulio es el derecho de los plebeyos, la ley de las gentes menores, pero ley que introduciéndose en el seno de las antiguas fórmulas,

de los antiguos principios de derecho, los ha de romper sin profanarlos y ha de llamar á Roma todos los pueblos, y ha de extender la justicia, el derecho, como un cielo, sobre la frente de toda la humanidad. Minos es el derecho oriental; Solon el derecho humano; Licurgo el anillo que enlaza el Oriente con el Occidente, la autoridad con la razon; Minos con Solon, como Numa enlaza á Roma tambien con el Oriente, y Servio Tulio con Grecia, para que despues la obra del pueblo-rey, su derecho, sea humanitario como el resumen de toda la antigua ciencia, como la aplicacion positiva de todos los principios abstractos de la religion y de la filosofia, á la sociedad y á la vida.

Apenas apartamos los ojos de este compartimento, cuando vemos aparecerse entre nubes, misteriosa, la sagrada imágen de la teología. Es una matrona hermosa, aunque su palidez muestra que un amor infinito la posee, y que la aspiracion del cielo la entristece; un manto blanco le cubre la cabeza á manera de la nube misteriosa que envolvía en el alto Sinaí la frente de Jehová; sus ojos se pierden allá en los espacios celestes con místico arroboamiento; sus manos llevan el sagrado cáliz que nos ofrece la eterna comunión con nuestro

Dios, y el libro de las escrituras que guardan las verdades divinas; su actitud es reposada, porque mal se avendría el anhelo, la ansiedad, con una ciencia que posee ya todas sus verdades, que encierra la verdad absoluta: á su lado se vé la tiara de la iglesia, y entre nubes y resplandores y arreboles de gloria se aparece la cruz, como nuestra esperanza, como nuestra fé, el signo sacratísimo, suspendido por el sacrificio del Hijo del hombre entre las iras del cielo y los pecados del mundo.

Sobre la figura de la teología campea el nombre de San Jerónimo, el espíritu que une el génio de Oriente con el génio severo de Roma, el divino intérprete de las Sagradas Escrituras, el austero cenobita encerrado en su convento del Asia, cerca de la cuna del cristianismo, para aspirar mejor el aroma de sus ideas, el batallador incansable contra todas las heregías, el traductor de la Biblia. A la derecha se descubre el busto de San Agustín. El nombre del primer padre de la iglesia latina debía venir en pos del nombre de San Jerónimo, como derivacion y consecuencia de toda la doctrina precedente que se extiende y se afirma incontrastablemente en su alma. No se puede mirar el rostro de San Agustín sin sentir un senti-

miento religioso austero, indefinible. Cuando Roma caía; cuando se desmoronaba el faro de la humanidad, el alto Capitolio; cuando el Danubio y el Rhin vomitaban sobre el imperio como nubes de langosta los bárbaros; cuando era la tierra un inmenso lago de sangre en que flotaban rotas y deshechas todas las aras, todas las divinidades, todas las instituciones, todas las leyes; San Agustín, sereno como la fe, con los ojos puestos en la esperanza, entre el estruendo de la guerra y el pálido fulgor de los incendios, traza la Ciudad de Dios, el ideal de la humanidad, el arca sagrada que flota sobre aquel diluvio y que encierra en depósito el inmortal espíritu del hombre y las promesas del Eterno. El esfuerzo gigantesco que representa San Agustín, debía grabarse indeleblemente en este gran muro donde todos los esfuerzos generosos tienen un recuerdo. Entre las tormentas de una edad pavorosa, el gran escritor muestra el sol de la Providencia; en frente de los pelagianos sostiene la gracia divina; en frente de los maniqueos, la unidad del espíritu y la libertad humana, y en frente de los arrianos, la verdad del espíritu de Dios, consustancial con el Padre y el Hijo, que bajo sus blancas alas protegen el mundo y la ciencia, el hombre y

la iglesia. Este génio gigante de San Agustín es como una estrella que señala en siglos tempestuosos los derroteros de la humanidad. Á la izquierda de la figura descúbrese el nombre de Gregorio IX, papa, que representa y personifica, además del poder inmenso del pontificado en su edad, y de las tentativas generosas de unir la iglesia griega con la iglesia latina, una idea esencial, el derecho canónico encerrado en sus famosas Decretales. San Jerónimo, que es el intérprete de las Escrituras; San Agustín, que es la idea teológica en toda su pureza, y Gregorio IX que es el derecho, se completan con el nombre inmortal que se vé al pié del cuadro, como un epílogo, con Santo Tomás. Filósofo, jurisconsulto, teólogo, Santo Tomás resume todo su siglo y con su génio gigantesco influye en el derecho canónico, la obra social de su tiempo; en la Divina Comedia, la obra artística de su edad; en la mente de San Luis, ideal de aquellas sociedades, y despues de llenar con su espíritu un siglo, resume todas las ciencias y es como el sol que se levanta en medio de las esferas, vivificándolas con su calor, y sosteniéndolas y armonizándolas con su fuerza.

Sigue á la figura que representa la teología,

la figura que representa la jurisprudencia: es una matrona severa como la ley; de aspecto tranquilo, cual conviene á la justicia; de mirar escudriñador, como que ha de indagar hasta los más hondos secretos de la conciencia y los más profundos misterios de las pasiones; lleva en su frente por diadema un sol, como para manifestar la claridad de sus juicios; tiene en una mano la espada con que defiende el derecho y en la otra la balanza en que pesa las acciones humanas; y sostiene también una tabla, en cuyo centro reluce el principio capital de toda ley, de toda justicia, el *suum cuique*; y á sus plantas hay varios legajos en conmemoración de los distintos códigos en que se ha manifestado esta ciencia, y en toda la figura resplandece esa elevación, esa severidad, esa paz propia de un ser que se levanta sobre todas las sombras de las preocupaciones humanas y sobre el estruendo de todas las tempestades del mundo. A la cabeza del cuadro resplandece el busto de Papiniano. Su amor á la justicia; sus célebres respuestas, que eran como la base del derecho romano; sus sentencias, que resumían en breves palabras grandes tratados é inmensas cuestiones; sus ideas, que tenían fuerza de ley en los tribunales; sus libros, que eran los

oráculos de la ciencia de las escuelas; su vida consagrada á la humanidad, su gloriosísima muerte, hacen de Papiniano un símbolo de esa edad en que el derecho romano rompía el recinto de la ciudad para dilatarse por el mundo; de esa edad en que el alma universal, única, predicada por la escuela estoica, se replegaba en el seno de la jurisprudencia. Triboniano, que está á la derecha, representa la edad en que el derecho antiguo y el nuevo derecho, el estoicismo y el cristianismo, la escuela y la iglesia se reúnen para dejar á las generaciones los grandes monumentos de los Códigos de Justiniano. A la izquierda se vé el busto de Alfonso X, que representa el renacimiento del derecho en la Edad media; ¡el derecho! que debía destruir el feudalismo, apereibir el estado llano á la libertad, concluir con el fraccionamiento de los códigos que eran como pesados eslabones de la cadena arrastrada por los pueblos; levantar á su tribunal la justicia, en vez de tenerla á merced de los nobles; unir el espíritu del derecho canónico y el espíritu del derecho romano; el génio de las nacionalidades con el génio de la humanidad; escribir en la frente de los pueblos un ideal de paz y de justicia, hácia el que caminaron entre grandes sacudimientos

durante la Edad media; ideas gigantescas, concebidas por un hombre que se adelanta, como un profeta, prodigiosamente á los siglos. Al fin, cerrando este cuadro, á los piés, se descubre el nombre de Grocio, el autor del libro de la libertad de los mares y del libro que es el timbre de su inmortalidad, el derecho de gentes; representante de esa idea que tantas transformaciones ha sufrido, de esa idea esencial á nuestra naturaleza, de la idea del derecho en los modernos tiempos. De suerte que Papiniano representa el derecho romano inspirado por el estoicismo; Triboniano, la union de la idea estoica y de la idea cristiana en el derecho; don Alfonso X, el renacimiento del derecho en la Edad media; Grocio, el derecho en nuestra edad: magnífica epopeya, cuyos cánticos son los pensamientos de hombres ilustres que dejan una huella inextinguible en la conciencia de la humanidad y en el eterno reflejo de la conciencia que es la historia.

A la figura de jurisprudencia sigue la que representa la literatura. Es una hermosísima joven que levanta los melancólicos ojos al cielo como buscando la eterna luz que baja del cielo sobre el alma del poeta. Ciñe á sus sienes el laurel de la inmortalidad, y sobre su frente

centellea la llama del génio tan vívida y tan pura como el fuego que derrama la vida en la naturaleza. En la mano derecha tiene una pluma por donde corre la sávia de sus ideas, y la mano izquierda la apoya ligeramente en el papel, que está con varios libros en un pedestal. A su lado se ve la lira, sí, la eterna lira que Dios entregó al ángel desterrado, al hombre, para que al pulsarla sintiera los ecos de su pátria, que se esconde más allá de los mundos y los soles. En desórden, á su alrededor, aparecen la trompa épica, el tirsó, las máscaras de la tragedia y de la comedia en señal de las varias transformaciones que sufre y de las ricas formas que toma la imaginacion, esa mariposa encerrada en el cáliz de nuestra alma. Viste un traje griego, porque Grecia, esa tierra querida del sol, besada por las aguas del Egeo, ceñida de mirtos y de laureles, alzada sobre mármoles entre la Europa y el Asia, es el templo de la inspiracion, la cuna del arte, el ara donde el espíritu humano guardará eternamente la llama que ilumina al génio. No puedo continuar si no digo aquí que el alma del Sr. Espalter es tan dúctil, tan flexible, tan impresionable, que al contemplar esa figura se ve que es la imagen de una inspiracion tal como podía sentirla

un poeta. ¡Loor al génio, loor á las artes españolas, cuyo númen será siempre inagotable! Sobre esta figura se levanta el busto del tierno cantor de Mántua, de Virgilio. Ninguno, en verdad, tiene más títulos al amor de la humanidad. Él unió en su inmortal poema la Iliada y la Odisea, la epopeya heroica y la epopeya de la civilizacion, el génio del Oriente y el génio de Grecia; porque alcanzaba que Roma sólo podía ser la reina del mundo, absorbiendo en sí todos los recuerdos de la historia, todas las ideas y todas las fuerzas de la humanidad. Homero, de una civilizacion adelantada y madura, sus formas son perfectísimas, sus versos acabados, su inspiracion el primer albor de la idea cristiana, su nombre la estrella que guia entre sombras el génio poético de la Edad media. Su imaginacion es tan flexible, que ya se levanta impetuosa á cantar las tempestades y las guerras, ya llora amorosísima los más íntimos dolores del corazon, ya se pierde en la historia, ya se encierra plácida y serena en la naturaleza. Virgilio por sus formas, es griego, es clásico; pero por su espíritu, Virgilio es cristiano. Su casta figura separa dos edades, dos mundos, dos religiones. Por eso su melancolía es como el adios de un génio que muere, y su inocencia

y su candor, y sus presentimientos, son como el primer ensueño de un génio recién nacido, que duerme en cuna de flores. Por eso San Jerónimo oraba en su sepulcro, Dante le pedia auxilio en el delirio de su inspiracion gigantesca, y Petrarca plantaba sobre sus cenizas el laurel de la inmortalidad y de la gloria. El nombre de Virgilio, pues, debia lucir sobre la frente de la literatura, como el resumen del arte clásico y el primer albor del arte cristiano. A sus piés brilla el busto del sombrío y profético Dante, como recibiendo en su frente el reflejo de la gloria de Virgilio. Dante resume toda la literatura moderna. El génio del catolicismo es su génio. Platon y Aristóteles se unen amorosamente en su imaginacion como se unian ya en la Divina Suma de Santo Tomás y en el seno de la iglesia. Las eternas esperanzas y los eternos dolores del mundo cristiano se mezclan en sus versos, formando una armonía que aún oyen los siglos con sublime terror religioso. Dante no es un génio italiano, es un génio universal, humanitario. Cuando describe al conde Ugolino, pálido, desencajado, hambriento, royendo la calavera de su enemigo y limpiándose con los muertos cabellos los lábios empapados de sangre, rodeado de los cadáveres de sus